

significa en el español general la palabra *nación*? No tiene esta pregunta respuesta sencilla. Ante todo, conviene precisar que ese vocablo no siempre ha significado la misma cosa. Parece ser que, a principios del siglo XVIII, tenía el principal significado de “la colección de los habitantes en alguna Provincia, País o Reino” (*Diccionario de Autoridades*, 1734). La primera acepción del Diccionario académico de 2002 podría parecer emparentada con la citada de 1734: “Conjunto de los habitantes de un país regido por el mismo gobierno”. Nótese empero que sólo se habla de un país (no de una provincia ni de un reino), y se añade: “regido por el mismo gobierno”. ¿Se resolverá el problema si vemos la definición de *país*? Lamentablemente, no, porque *país* se define con cuatro sinónimos: nación, región, provincia o territorio. Por tanto, en el español actual, según el Diccionario académico, *país* vale lo mismo que *nación*. Por ello, la segunda acepción de *nación* puede ser “territorio de ese país”. Si nos guiamos, pues, por estas dos confusas definiciones, tanto España como Cataluña resultan naciones y países.

Hay una tercera acepción de *nación* que, aunque viene a complicar aún más la situación, ofrece una diferencia clara entre una nación y un país: 3 Conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común. En este sentido, para hablar de una nación determinada, no se necesita ni que sea un país, ni que tenga un mismo gobierno. ¿Será en este sentido en el que el nuevo proyecto de Estatuto de Cataluña pretende emplear la voz *nación*? No lo creo, porque en primer lugar sólo alude a personas y no a territorio y, por otra, un catalán que viva en México o en Argentina pertenecería a la “nación” catalana con el mismo derecho de los

que viven en Cataluña. Como en efecto sucede con los judíos, que no dejan de ser de la “nación” judía, así hayan nacido y vivan en tal o cual país.

No es remoto que, de llegar el momento de la discusión, en las Cortes españolas, del proyecto de nuevo Estatuto de Cataluña, deba comenzarse por la complicada definición de varios términos, entre los cuales destaca precisamente el de *nación*. Todos los hispanohablantes deberemos estar muy atentos.

P.D. Ya redactada esta nota, llegó la noticia de que el Parlamento español aprobó por mayoría absoluta el nuevo Estatuto de Autonomía para la región de Cataluña. Falta el visto bueno de los senadores. Resulta particularmente interesante señalar que el texto del artículo 1 del Título Preliminar no corresponde al que se había aprobado en su momento en Cataluña, que decía: “Cataluña es una nación”. Según el borrador del dictamen, ese artículo 1, en la versión aprobada por el Parlamento español, queda en los siguientes términos: “Cataluña, como *nacionalidad*, ejerce su autogobierno constituida en Comunidad Autónoma de acuerdo con la Constitución y con el presente Estatuto, que es su norma institucional básica”. Como se ve, se sustituye *nación* por *nacionalidad*. Se sigue empleando el mismo españolismo que aparece en el todavía vigente Estatuto Catalán y que significa, según el Diccionario académico (repito estas importantes definiciones): “Comunidad autónoma a la que, en su Estatuto, se le reconoce una especial identidad histórica y cultural” (acepción 3) y “denominación oficial de algunas comunidades autónomas españolas” (acepción 4). ~

Un fruto entero y arrugado

Eduardo Hurtado

Alicia García Bergua, *Una naranja en medio de la tarde*, Umbral, México, 2005.

En 1996, Alicia García Bergua publicó *La anchura de la calle*. Entonces, la crítica ponderó dos virtudes capitales: claridad y profundidad. En aquellas páginas la autora ensaya un registro minucioso de ciertos espacios urbanos y un emocionante recuento de infancia y juventud. En este nuevo libro, *Una naranja en medio de la tarde* (nombre “sencillo y merecido”, según la puntual apostilla del solapista), la poeta persiste en la luminosidad y la hondura, componentes primarios de su poética, pero las pone al servicio de un nuevo clima. Al emprender el diario de su edad madura, luego de visitar las etapas previas de su vida, Alicia García Bergua establece un acuerdo tácito con Eugenio Montale, para quien toda obra poética viene a ser, en el balance final, una hermosa biografía.

Al señalar la belleza como elemento imprescindible de esa especie de recapitulación que implica toda poesía, el Nobel italiano alude a un necesario temple estético y no, como pudiera pensarse, a la obligación de consumir un inventario más o menos bucólico de lo vivido. En el libro que ahora comentamos conviven, articulados por un resuelto empeño de reconciliación, el sentimiento de lo contingente y la certeza de que la poesía, al recrear la experiencia en su entero transcurso y no sólo en sus breves lapsos de esplendor, de algún modo nos dispensa del áspero ultimátum de lo efímero.

Hay en estas páginas un rotundo mentís del tiempo como mera sucesión de momentos que desembocan, como

los ríos de Manrique, en un sabido desenlace. Para Alicia García son otras “las tácticas de Cronos”, menos predecibles y más problemáticas. Durante décadas, tal vez a partir de los años cuarenta del siglo anterior, la poesía mexicana se ha entregado a la tutela vertical del instante. A contracorriente, García Bergua reivindica el “tiempo en profundidad” o, para decirlo con otro verso de Jorge Guillén, la “vida sin cesar cotidiana”.

La primera de las cinco partes en las que divide su libro está consagrada a dibujar, por medio de parábolas de verdad arborescentes, una manera de estar en el tiempo que ocurre con la intachable parsimonia de un sueño vegetal. Tomar el fresco, dar un paseo, estirar las piernas o estarse quieto son, aquí, formas encomiables de ser. Dice la autora, al recrear un simple vagabundeo entre los árboles:

Al caminar entre ellos no hago tierra,
dejo volar las frases,
que aniden en mi mente
cual pájaros curiosos:
así como vinieron marcharán.
Ya no temo al vacío,
tengo certeza porque respiro el aire,
estoy aquí por eso, tal como ellos
[están.

Para Alicia García la duración es un fruto del tiempo que le otorga continuidad y sentido a nuestros actos. En su peculiar imaginario, el trance de durar se manifiesta en las cosas más llanas: en la limonada que poco a poco, de modo apenas perceptible, se asienta al fondo del vaso; en la naranja en sazón que ha dejado la rama para ofrecerse, plegada y jugosa, a un sueño vespertino.

Al colocar frente a frente *La anchura de la calle* y *Una naranja en medio de la tarde*, es fácil reconocer una curiosa simetría: ambos títulos aluden a la dura-

ción, sólo que uno pone el acento en lo espacial, mientras que el segundo enfatiza lo temporal. Entre la simultaneidad, la sucesión y la duración, las principales formas que adopta el tiempo, Alicia García Bergua suele acogerse a la tercera. Se enlaza, así, con la filosofía platónica y sus derivaciones posteriores. Para Platón, el tiempo es “la imagen móvil de la eternidad que no pasa”, mientras que para el novelista francés Jean Giono es “aquello que pasa cuando no pasa nada”. En la visión de Alicia García Bergua, la realidad envuelve una trama temporal en movimiento paradójico. Recorremos el verano mientras nos sumergimos, sin apenas percibirlo, en la temperatura de la siguiente estación; emergemos de una presencia para internarnos en otra; nuestros deseos florecen, a menudo, en un cierto clima que perdura en la memoria:

Que regrese el verano,
ese que nunca ha sido
o que nunca termina de existir
pero siempre deseamos.
Que regresen las calles
de cafés sombreados
que miran a una plaza
mientras pasa la gente
caminando despacio.

Que regrese el verano
de calles conocidas y de viejos amigos
con los que uno ya puede mantenerse
[callado
observando el verano con asombro.

Efímero y perseverante, todo presente implica la permanencia y el cambio. Esta manera de ocupar el tiempo le permite a la autora perfilar historias en las que todo acontece con un aire de normalidad pero sin peligro de monotonía. Al contrario: el mismo sonar intermitente de los trastes, las mismas

mujeres con una labor entre las manos, el mismo susurro de agujas que se rozan, los mismos hombres que beben y fuman y erigen torres de palabras, son la sustancia de la vida. Sin todo esto, habitual y necesario, “los vinos y el café ya no sabrían / qué decir de los quesos”.

Aprovecho la cita para deslizar una coetilla de carácter técnico: a diferencia de lo que ocurre en los títulos precedentes de la autora (*Otras respiraciones, otras pausas; Fatigarse entre fantasmas* y el ya citado *La anchura de la calle*), donde se impone la versificación irregular y se evitan las rimas, asonantes o consonantes, en el libro que nos ocupa predominan los versos de siete y once sílabas, a menudo enlazados por asonancias que otorgan a los poemas una poderosa andadura rítmica. Sin rigorismos estériles, la poeta deja constancia de su destreza formal. Veamos, si no, la impecable sonoridad del endecasílabo heroico (“los vinos y el café ya no sabrían”), tan eficaz en poemas de corte narrativo; el tono enfático y alegre del heptasílabo dactílico (“qué decir de los quesos”), o la indudable virtud del encabalgamiento, que deja ese “sabrían” suspendido entre lo sávido y un saber cuya carencia silenciaría la opinión del vino y el café acerca de los quesos. Se trata de dos versos ejemplares por su calado, su sonoridad y su elocuencia: “los vinos y el café ya no sabrían / qué decir de los quesos”.

Pero volvamos al fondo que estas formas contienen y arropan, en comunión apenas partitiva.

Sucesivos presentes conforman una vida que puede *durar* veinte, cuarenta, ochenta años. Para la autora esto es motivo de pasmo, el detonador de numerosas preguntas. ¿Qué significa “pasar” en un universo ordenado por la duración? ¿No es, como propone Chillida, la *no* dimensión del presente

lo que hace posible la vida? Y desde esta perspectiva, ¿no son contemporáneos el futuro y el pasado? El humano deseo de regresar a un tiempo anterior, ¿no es, en realidad, nostalgia del presente?

No hay respuestas concluyentes para estos enigmas. Como es común en poesía, lo que hay es una serie de conjeturas, o mejor aún, de figuraciones, que acarrean nuevos enigmas. En un poema sin título de la segunda sección del libro, dedicada a explorar tres asuntos afines (el cuerpo, el espacio y el viaje), Alicia García describe el curso de la vida como un lentísimo, imperceptible deslizarse por una suave pendiente:

Esta casa no pesa
y ha viajado conmigo
hasta encontrarte;
en ella hemos unido
lo que nunca decimos,
detalles minuciosos
que han ido conformando
todo lo indefinible del presente.
Esta casa es la arena
del reloj que nos une,
y también el envase
vacío del mañana,
es un suave declive
para irse deslizando
a través de los días...

La lentitud de este transcurso coincide con la inmovilidad. Es ella, la lentitud misma, lo que nos permite trascender ese lugar adverso, entre el ya no y el todavía, que originalmente habitamos. Sólo inmersos en la lentitud, en el raro espacio de continuidad que desplaza y que en sentido estricto no pertenece al antes ni al después, podemos compartir el ahora “Como se comparte la música / o el sabor de la fruta”, para citar a Borges.

La materia existe gracias a la lentitud: es, vuelvo a Chillida, “un espacio

muy lento”. A partir de esta noción, Alicia García Bergua construye imágenes de una exigente nitidez. Como ésta, que nos seduce desde los primeros versos del poema titulado “Mapa”:

La chaqueta tendida en el sillón,
los platos, los vasos
y el cenicero después de conversar

son los puntos efímeros
que se unen en un plano.

Las cosas están ahí, existen por las virtudes de una velocidad precisa y de un espacio que dispone límites en el universo físico. Para que la realidad “funcione”, ¿no es preciso que los “puntos efímeros” del penúltimo verso se salgan de madre y desplieguen su ardua geometría? La paradoja es mayúscula: la materia es una desmesura que se extiende con lentitud en un espacio que le exige límites. La medida es, al parecer, una condición irrenunciable para formar parte del universo. Sin límite, sin forma, no existirían la poesía y la música —y, en último término, ni siquiera la vida.

Términos y demarcaciones constituyen un ámbito central en estas páginas. El pasado y el futuro colindan con el presente. Poner uno a la zaga y el otro a la vanguardia es, para esta autora, una mera superstición. Tan vanguardia la noche como el día. Para Alicia García los seres humanos vivimos, a menudo sin saberlo, en las tenues fronteras de lo civilizado y lo salvaje. El desamparo primordial del hombre se origina, de acuerdo con ella, en la pérdida del instinto. Compuesta por unos cuantos poemas, la sección tercera de su libro pone énfasis en esa carencia. Desde el fondo de su ser, el hombre sigue buscando, como cangrejo ermitaño, la coraza que lo deje asumir la blandura:

Vivimos al abrigo de las piedras,
y aunque haya edificios que finjan
[evitarlo,
las cuevas nos habitan;
anclando los sentidos a sus muros
podemos descansar y abandonarnos...

La memoria del cuerpo es la evidencia de una continuidad. Se hace presente el pasado cuando nos estiramos sobre el sillón con un deajo canino, cuando el sonido del timbre le pone a nuestro recelo una inflexión felina. Al peinarlos, la intimidad con nuestro pelo exiguu nos trae una nostalgia de exuberancia y cobijo. Cuando estas reminiscencias comparecen, algo en nosotros hace contacto con el niño que fuimos y que reclama su vigencia apenas lo invocamos. A la autora, una tarde consagrada al ocio le devuelve las calles donde corrió y jugó, le reintegra una emoción ingenua como el frescor de una paleta o el aroma del pan cuando anochece. El tiempo, entonces, se ensancha, se pasa de la raya, invade los dominios del ahora.

Este merodeo por los confines del espacio y del tiempo conduce, a menudo, a una especie de gozosa desorientación que no parece aturdir a García Bergua. Por el contrario, de su frecuente andar incierto extrae un impulso para vivir, como si lo que ella misma llama “el tejemaneje de la mente” le permitiera reinventar las orillas y los límites en los que funda su ambición de rehacerse de cada día:

Al despertar algo me saca a flote,
me obliga a aferrarme a las orillas,
a creer que soy yo la que recuerda
el delirante viaje por una oscuridad
que no es la noche...
Por esta oscuridad siempre al reverso,
por su falta de bordes y de huellas
[precisas
nos vamos destejiendo,
hasta querer nacer todos los días
para recuperarnos.

La quinta y última sección del libro está compuesta por una serie de fragmentos en los que la autora reflexiona, con agudeza y sensibilidad, en torno a la palabra y sus contornos necesarios: la voz y el silencio. Aquí se confirma la importancia que para la autora tiene persistir en los mismos hábitos, las mismas cosas, los mismos vocablos que las designan: “Hay palabras”, nos dice, “que dichas cada día se van haciendo más transparentes”. Esto es, justamente, lo que ella ha conseguido en estas páginas: entregarnos un cosmos hecho de un lenguaje de fondo, en un decir ajeno a todo extravío verbalista, tan claro como esa naranja del título que, situada entre la noche y el día, nos regala su forma entera y arrugada. ~

La palabra como instrumento

José G. Moreno de Alba

Carlos Prieto,
Cinco mil años de palabras,
prólogo de Carlos Fuentes,
Fondo de Cultura Económica,
México, 2005.

No es éste el primer libro del célebre violonchelista mexicano. Ya había publicado hace algunos años, también en el Fondo de Cultura Económica, *De la URSS a Rusia: tres décadas de experiencias y observaciones de un testigo* (1993) y *Las aventuras de un violonchelo: historias y memorias* (1998). Carlos Prieto no es sólo un músico reconocido, es también una persona culta y un buen escritor. Éste, su libro más reciente, llega con excelentes recomendaciones: lo prologa Carlos Fuentes y lo revisa, entre otros, Antonio Alatorre. De ciertos libros de divulgación suele decirse que no fueron escritos para especialistas. De éste en particular convendría aclarar que no está dirigido sólo al especialista. Quiero decir con ello que también los lingüistas y filólogos aprenderán algo con su lectura y, obviamente, todo lector curioso y atento no sólo conocerá muchos datos de gran interés sobre el lenguaje y las lenguas del mundo, sino que también se divertirá con su contenido y disfrutará su redacción ágil y elegante.

Hay en *Cinco mil años de palabras* algo más que una aceptable cultura lingüística y filológica. Carlos Prieto eligió muy bien su bibliografía y, sobre todo, asimiló tan bien sus lecturas, que pudo ofrecer resúmenes inteligentes, muy bien organizados e interrelacionados, con abundante y sólida información. Añádase a esto que el autor buscó y encontró temas y aspectos ver-

daderamente novedosos y llamativos. Sus fuentes son confiables y, casi todas ellas, recientes. Los especialistas están regularmente sumergidos en sus propios y muy particulares temas de investigación y no es fácil que se den tiempo para leer novedades que, así traten de lingüística y filología, son consideradas por ellos distantes de su especialísimo sujeto de estudio. Pues bien, Carlos Prieto sí se dio tiempo de leer una buena cantidad de títulos importantes, de entenderlos, y de organizar y jerarquizar toda la información. Por tanto, todos, especialistas incluidos, tenemos ahora la oportunidad de informarnos rápida y cómodamente sobre asuntos que, quizá, hace mucho que no frecuentamos.

Procede Prieto de lo general a lo particular: del misterio del origen del lenguaje al lenguaje de los números y de la música, pasando por una rápida revisión a la estructura y a la historia de algunas de las lenguas demográficamente más importantes. Resultan particularmente interesantes los dos primeros capítulos. El primero expone diversas hipótesis sobre el origen del lenguaje, precedidas de un resumen de la evolución del ser humano, desde los primeros homínidos hasta el *homo sapiens*. “El *homo sapiens sapiens* de hace 130 000 años —escribe el autor— era un hombre prácticamente idéntico a nosotros. No es aventurado suponer entonces que lo caracterizaba la facultad del lenguaje”. Este *homo sapiens* era originario de África y se supone que por esa época empieza sus migraciones hacia otros continentes. Se ofrece en seguida un resumen de quienes defienden el origen monogenético de las lenguas frente a los que se inclinan por la poligénesis. En este primer capítulo, cuando el autor explica las teorías sobre el origen del lenguaje, ofrece un claro resumen de algunas ideas de

CONVOCATORIAS
MUSEOS
CONCIERTOS
TEATROS
CINE
OLLIN YOLIZTLI
FARO DE ORIENTE

VISITE NUESTRO
PORTAL EN INTERNET:

www.cultura.df.gob.mx

5662 7680 ext. 112